

sólo ha defendido á la Compañía [de Jesús, de quien hablaba el autor] de las tempestades de fuera, sino de las de dentro; como en los Estados se manifiesta el poder, no sólo en las guerras externas, sino en las revueltas civiles.

»2.º Se vuelven todos más cautos en evitar las asechanzas del diablo, y los que hacen cosas parecidas á las que leen, entran en cuidado, como si ellos mismos se vieran allí notados. A algunos el miedo de la infamia los refrena, viendo se ha de publicar para perpetua memoria, si algo grave maquinasen.

»3.º Al par del error de algunos, va la virtud de otros ejercitada en aquella ocasión; no privemos á los venideros de tales ejemplos. Conozcamos, pues, dice San Ambrosio, hasta la envidia que padecían los Santos, para imitar su paciencia (1).

»4.º Aprendemos, por los remedios empleados, los que debemos emplear en parecidos casos; y por esto, algunos han dicho que permitió Dios pasasen aquellas cosas en tiempo de nuestro bienaventurado Padre, para que dejase á los venideros ejemplo de prudencia y rectitud en tales casos. Ejemplo que ruego ponderen cuán precioso y de cuánta utilidad es para remedio de las humanas flaquezas que cada día tenemos, y qué arma tan poderosa para superiores.

»5.º Reportamos también consuelo, entendiendo, si cosa parecida aconteciese en nuestros días, que también pasó á los anteriores; que los tiempos pasados no fueron en tal manera mejores, y que la Compañía [y la Iglesia] creció desde sus principios entre borrascas de los extraños y de los de casa; por donde concebiremos esperanza de que, como nuestros padres prosperaron en medio de las adversidades, también en ellas nos dará Dios buen éxito.

»6.º De aquí toma la Historia autoridad sobremanera grande y del todo necesaria. Porque querer persuadir á los hombres que no ha habido escándalos en la Compañía, [en la Iglesia] sería, como dice el P. Nadal, grandísima soberbia, cuando los hubo entre los Apóstoles, entre los Diáconos..., ni lo persuadiríamos á nadie, antes nos haríamos ridículos. Ahora bien, si tales cosas se han de narrar en algún tiempo en nuestra historia, sin duda hemos de empezar por el principio mismo.

»7.º Cuando se ofrece ocasión no perdonamos á las ciudades,

(1) *De Joseph patriarcha*, cap. I. Migne, *P. lat.* XIV, 674.

cuyas depravadas costumbres describimos; ni á las naciones, cuya barbarie contamos; ni á los príncipes cuyas violencias narramos...

¿Por qué hemos de perdonarnos á nosotros mismos y emplear peso y peso, medida y medida, cosa abominable ante Dios?»

Medítense, pues, estas ventajas, guárdense las reglas dadas para dejar á salvo los derechos del secreto, de la fama, de la edificación, los derechos sobre todo de la verdad, y veremos que en Historia, lo mismo que en las demás cosas, los Papas, la Iglesia y la Religión «sólo necesitan de la verdad» (1).

Por esto, quien imparcialmente escriba la vida de León XIII, no se verá obligado á borrar aquella inscripción que adorna su busto en el salón de trabajo del Archivo Vaticano:

LEO XIII, PONT. MAX., HISTORIAE STUDIIS CONSULENS
TABULARII ARCANA RECLUSIT ANNO MDCCCLXXX

III

Hasta aquí el P. Portillo, á cuyos artículos no añadiremos sino breves razones, para aplicar la doctrina general en ellos expuesta á nuestro caso concreto.

Y en primer lugar, confesaremos sin rebozo que, en el curso de nuestro trabajo; ó mejor dicho, en las primeras jornadas de él, algunas veces quedó suspensa nuestra pluma, ante la duda de si toda esa prolija labor, podría resultar finalmente de más perjuicio y turbación para los ánimos incautos ó simples, que de verdadero provecho para los instruídos y discretos. Pero á medida que avanzábamos en la traducción, nuestro ánimo se iba sosegando y elevando, con el sentimiento de que [realmente *la Iglesia no tiene por qué temer la verdad!*] y que, el conocimiento de la *verdad*, aun en lo que toca á las impurezas de la humana existencia, no sólo no resulta para la Iglesia *denigrante*, sino antes acrecienta sus brillos; como las sombras de un cuadro sirven para hacer que resalten más sus puntos luminosos. De esta suerte, en la Historia de la Iglesia católica, lo *humano*, mísero y asque-

(1) De Maistre, *Du Pape*, lib. II, cap. XIII.

roso, sirve sólo para acrecentar los fulgores con que en ella resplandece el *elemento divino*.

Si la Iglesia hubiera sido sólo una congregación de *santos* y de *sabios*; de hombres guiados en todas sus acciones por una exquisita prudencia y tino, y sostenidos por los vínculos de una organización admirable; pudiera humanamente explicarse su *duración* en medio de los combates sostenidos por tantos siglos, y la *universalidad* de los beneficios que ha dispensado á la Humanidad en todas sus épocas. Así acontece en Estados como Inglaterra, que una larga sucesión de hábiles políticos, ha preparado y llevado á su colmo un admirable crecimiento y engrandecimiento.

Si todos los Romanos Pontífices hubieran sido de la talla y energía de un S. Leon I y un S. Gregorio VII, sería menos maravillosa la perseverante conservación de su fe y de la inviolable pureza de su doctrina. Y cuando, v. gr., vemos á la Iglesia católica, resistir á los furiosos apetitos sensuales de un monarca poderoso, y *perder* serenamente *un gran reino* por no perder la verdad moral revelada de la *indisolubilidad del matrimonio cristiano*; ¡nuestro asombro no sería tan grande, si el Papa que llevó á cabo tal hazaña fuera un S. Pío V, como siendo un débil, indeciso é imperfecto Clemente VII!

No es mucho que una nave cruce incólume el tormentoso piélagos, cuando tiene bien trabadas sus tablas, y sus jarcias sin menoscabo. Pero ¡que desafíe el mar embravecido y venza sus tormentas un barco desmantelado y lleno de rendijas, cosa es que sobrepaja á la prudencia humana, y levanta los ojos para reconocer en ello el auxilio divino!

Esa es la primera razón, por qué la Iglesia no ha de temer las más crudas revelaciones de la más veraz de las historias. ¡Teman la Historia veraz los protestantes; pues ha de poner de manifiesto que la *doctrina de Lutero* no tuvo otros argumentos sino la sensualidad y soberbia de su inventor, favorecidas por la ambición de los príncipes y el envilecimiento de los pueblos! Mas la Iglesia católica no tiene por qué temer *indiscreciones* de Mnemosine; pues ¡no está fundada sobre la arena de las humanas invenciones, sino sobre la *pedra viva* de las verdades divinas!

Pero al mismo tiempo que se fortalece la fe, con la verídica Historia de la Iglesia, se *adoctrina nuestra conducta*; como quiera que vemos cuánto contribuyeron los errores de los hom-

bres, sobre todo de los príncipes y gobernantes, y de los ministros y prelados de la misma Iglesia, á las vicisitudes por que ha pasado ésta, con gran detrimento, muchas veces, de la salud espiritual de los pueblos.

La avaricia, la ambición, la ligereza; aun faltas que consideradas en sí no parecen muy graves; han sido ocasión de males inmensos, cuyas consecuencias pesan todavía sobre naciones enteras, separadas del Centro de la fe y de la moral cristiana, y entregadas inermes, primero á la violenta opresión de los señores temporales, y luego á las seducciones de la revolución y á los sofismas de la falsa Filosofía.

Este es el lado por donde mostráramos ser necesaria semejante Historia, despiadadamente veraz, para servir de complemento á nuestra poca experiencia. El inexperto lamenta amargamente las consecuencias graves é imprevistas de acciones que le parecieron livianas; pero más le valdrá prevenir esas irremediables desdichas é inútiles lamentaciones, escarmentando en cabeza ajena mediante las enseñanzas de una severa Historia.

También sirve este género de libros sobre las épocas pasadas, para *ensanchar nuestro corazón y fortalecerlo*, para hacer frente á los males que en nuestro tiempo ve en torno de sí. Aquella vana aprensión que dijo nuestro elegíaco,

Cómo, á nuestro parecer,

Cualquiera tiempo pasado

Fué mejor;

es semilla frecuente de pesimismo, y por ende de abatimiento é inacción.

Por el contrario: el conocimiento de que los hombres fueron en todos tiempos *humanos*—débiles para el bien y propensos y fáciles para el mal,—vigoriza para combatir con los daños que de presente nos rodean, y los vemos en nosotros mismos y en los demás.

Aunque, como decíamos arriba, el ofrecer dechados irreprehensibles, puede servir de *enseñanza moral* (estén ó no en perfecto acuerdo con los modelos de quienes se toman); pero es incomparablemente más educativo, mostrar también otros ejemplos de personas caídas en nuestras mismas debilidades y faltas, y por

ventura en mayores pecados y aun crímenes, las cuales se levantaron y enmendaron, y llegaron á subir, con una penosa, pero noble reparación, á las más elevadas cumbres de la virtud. La primera consideración asombra y hace exclamar: *Mirabilis Deus in sanctis*—¡admirable es Dios en sus Santos!; pero la segunda nos anima y estimula á levantarnos de nuestras faltas y pecados, y emprender briosamente el camino de la perfección.

No faltan ahora muchos que, por pusilanimidad de ánimo, ó por cierto pesimismo jeremíaco, atribuyen los males de la religión á los *defectos* del Clero, exagerando sus faltas, su ignorancia, su desidia, etc., etc. Esos descubren clarísimamente su ignorancia de la *Historia*, la cual les demostraría, que *acaso en ninguna otra época*, después del primer siglo de la Iglesia, ha visto ésta en las filas de sus ministros (generalmente hablando) más instrucción ni mayor pureza de costumbres y prontitud para el cumplimiento de sus sagrados deberes.

¡Acaso haya habido siglos de *más Santos* que los nuestros! Esto es difícil de determinar, porque los Santos de nuestra época *¡todavía no se han canonizado!* Pero no es menos cierto, que Dios ha suscitado los grandes Santos, muchas veces para hacer frente á los grandes desórdenes que en su santa Iglesia se habían introducido. Mas dejando esto aparte, ¡no es posible desconocer que el desinterés, la moralidad, el sentimiento del deber, reinan al presente entre los ministros del Santuario, en todos los grados de la Jerarquía, desde los abnegados curas de aldea, reducidos á la mayor estrechez por la rapiña de la *desamortización*, hasta los Romanos Pontífices, á quienes, hasta la *longevidad* extraordinaria, ha contribuido en nuestros días á hacer figuras verdaderamente *descollantes* en la Historia del Pontificado!

Estas ventajas relativas del estado de la Iglesia en nuestros tiempos, en medio de la apostasía en masa de los hombres y de las instituciones; ventajas que pone más de relieve el estudio *realista* de épocas anteriores, es muy á propósito para animarnos y excitarnos á trabajar; considerando que, si á los Papas del Renacimiento pudo seguir, por efecto de la divina vitalidad de la Iglesia católica, una tan espléndida *Restauración*, y á los descarríos del neo-paganismo humanístico una tan fecunda y floreciente mies de cristianas virtudes; ninguna causa tenemos para desesperar de que, á nuestro siglo de indiferentismo y apostasía,

no puedan seguir días más favorables para la fe católica, y para todas las virtudes que en ella tienen su raíz y fundamento.

Mas aunque todas estas consideraciones nos muevan naturalmente á publicar en nuestra lengua castellana la obra histórica de Pástor, todavía ha contribuído más resueltamente á decidirnos, otra razón, que ningún católico digno de este nombre podrá desatender. Esta es la *autoridad* de los mismos Romanos Pontífices reinantes, los cuales, no se han limitado á estimular y facilitar dicho género de estudios sobre la Historia de la Iglesia, sino han aprobado, alentado y encomiado particularmente los trabajos de Ludovico Pástor, favoreciéndole con las más lisonjeras alabanzas y distinciones.

Luego de haberse publicado la primera parte de su obra, honró Leon XIII al autor, con el Breve, cuya versión nos ha parecido poner aquí:

Al amado hijo Ludovico Pástor, profesor de Historia en la Universidad de Innsbruck

León P. P. XIII

Amado hijo. Salud y bendición apostólica. De la Historia de los Romanos Pontífices que tienes comenzada, se nos ha entregado el primer volumen junto con tu carta. Nos es grato lo que nos escribes, sobre haberte sido provechosos los documentos acerca de las cosas antiguas, que por cierto has sacado del Archivo Vaticano; ni es posible que tan grande aparato de erudición deje de proporcionar mucha luz para la investigación de la Antigüedad. Tú en verdad tienes entre manos una obra verdaderamente laboriosa, y por otra parte, notable por la variedad de los sucesos; comoquiera que, habiendo comenzado por el fin de la Edad Media, pretendes proseguir hasta esta nuestra época. Pero de esta parte primera de tus estudios, á que vemos no haberle faltado la aprobación de varones idóneos, es lícito sacar una conjetura sobre la bondad de las demás. Te exhortaríamos, pues, á darnos con ardimiento las partes que faltan, si no supiéramos ser tu voluntad tan fervorosa, que absolutamente no necesitas de tal exhortación. Y á la verdad, no podías haber empleado las dotes de tu ingenio más santa y provechosamente en otra cosa alguna,

que en esclarecer *con sinceridad y diligencia* los hechos de los Sumos Pontífices, cuyas alabanzas han solido obscurecer con tanta frecuencia, así la incuria de los tiempos, como la malévola contradicción de los hombres. Como augurio, pues, de los celestiales dones, y testimonio de nuestra paternal benevolencia, te damos en el Señor muy amorosamente nuestra apostólica bendición. Dado en Roma, apud S. Petrum, die XX Januarii, anno 1887, pontificatus Nostri nono.

Con ocasión de haber publicado el tomo *cuarto* de esta obra, fué Pástor honrado con una carta de puño y letra de Nuestro Santísimo Papa Pío X, en la cual comienza Su Santidad por recordarle la dedicatoria que, al principio de su pontificado, le hizo el autor de la cuarta edición de la Historia de los Papas; y añade: «Si tu importante trabajo te ha merecido tan extraordinario aplauso, así de los eruditos católicos como de los no católicos, lo has alcanzado, ante todo, por la extensión y profundidad de tus investigaciones. Nosotros te felicitamos por este éxito, obtenido á fuerza de incansable labor, el cual redundará asimismo en alabanza del Instituto dirigido por tí; y te damos las gracias, por cuanto has conquistado también, para con la Iglesia católica, muy grandes merecimientos. Con gusto alimentamos la esperanza de que, ayudándote de nuestro archivo, continuarás todavía publicando nuevos tomos de tu gran obra histórica; los cuales servirán indudablemente para mucho bien de la Iglesia y difusión de la histórica verdad». (Publicado por Herder.)

Para terminar esta *introducción*, cúmplenos añadir dos palabras sobre la versión española que ofrecemos al público. No hemos pretendido elaborar en ella una *obra literaria*, sino puramente hacer accesible á los lectores de nuestra lengua, que ignoran la alemana, la monumental Historia de los Papas de Pástor. Creemos, todavía más que conocemos de presente, que nuestro estilo estará lleno de reminiscencias del original tudesco, las cuales sólo pudieran evitarse con una segunda elaboración, no menos prolija que la traducción misma. Pero como nos hemos propuesto (así en ésta como en las otras versiones que vamos publicando), no el alcanzar fama de estilistas, sino *hacer obra de cultura patria*, importando libros alemanes de excepcional valor; confiamos alcan-

zar, en este concepto, la indulgencia de los críticos. Nuestra versión de Pástor es, ante todo, *fiel*; y, si no del todo castiza, creemos que tampoco tan bárbara como suelen ser las traducciones del francés que se nos sirven á diario.

Aun así y todo, para ofrecer á nuestros compatriotas este libro, hemos tenido que emplear cerca de 900 horas dictando á un taquígrafo las cuartillas, cuya preparación y corrección nos ha costado 900 horas más, amén de otras tantas que habremos de emplear en la corrección de pruebas, y sin contar la colaboración de los que nos han ayudado, así en ella, como en traducir la mayor parte de las innumerables *notas* (1). Esa labor de 3,000 horas mal contadas, repartidas en el decurso de tres años, te ofrecemos, benigno lector, pidiéndote en cambio el auxilio de tus oraciones y buenas obras, para trabajar unidos, *á mayor gloria de Dios*, en la defensa de su Santa Iglesia.

Madrid, Fiesta de S. Pedro y S. Pablo de 1909.

(1) Hemos de hacer pública nuestra gratitud á nuestro muy querido H. José Montserrat, S. J., á cuya laboriosidad se debe la versión de la mayor parte de las notas.